

REVISED
VIA
CRUCIS



Via Crucis

DL

217413

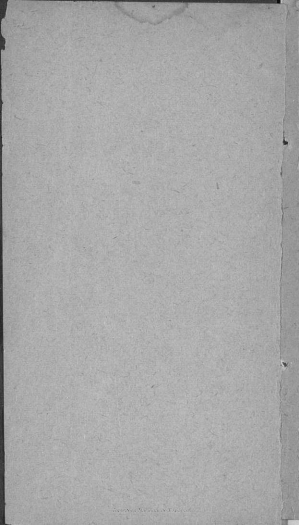
~~11081~~

DL

2174313



28





VIA CRUCIS

MEDITACIONES Y DEVOCIONES

POR EL

CARDENAL JUAN ENRIQUE NEWMAN

Parte I.—MES DE MAYO.

» II.—VÍA CRUCIS.

» III.—MEDITACIONES SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA.

R. 43635

MEDITACIONES Y DEVOCIONES

POR EL

CARDENAL JUAN ENRIQUE NEWMAN

Sac. del Oratorio de San Felipe Neri

PARTE II

≡ VÍA CRUCIS ≡

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

VICENTE M.^a DE GIERT

Con las debidas licencias



LUIS GILI, Editor

CLARÍS, 82, BARCELONA

— 1912 —

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

RDO. DR. D. FRANCISCO FAURA

Barcelona, 24 Noviembre de 1911.

IMPRÍMASE

JUAN J., Obispo de Barcelona.

*Por mandado de Su Excia. Ilma. el Obispo,
mi Señor,*

DR. FRANCISCO MUÑOZ,
Arcipreste, Secretario,

Es propiedad.

VIA CRUCIS ⁽¹⁾

Récese el acto de contrición

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO Á MUERTE

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Después de salir de casa de Caifás y habiendo sido arrastrado ante Pilatos y Herodes, recibiendo su sagrado cuerpo injurias, golpes y saliva, destrozadas sus espaldas por

(1) Escrito hacia el año 1860; usado por segunda vez en 1883.

los azotes, coronada de espinas su cabeza, Jesús, que ha de venir el último día á juzgar el mundo, es condenado por inicuos jueces á muerte cruel é ignominiosa.

Jesús es condenado á *muerte*. Firmóse su sentencia; ¿por ventura no la firmé yo mismo cuando cometi mis primeros pecados mortales? Mis primeros pecados mortales, al caer del estado de gracia en que Vos me colocasteis mediante el bautismo: he aquí, oh Señor, vuestra sentencia de muerte. El inocente padeció por el culpable. Mis pecados fueron las voces que gritaron: «¡Crucifícale!» La aquiescencia y delectación de mi corazón al cometerlos vinieron á ser el consentimiento de Pilatos cediendo ante los clamores de la muchedumbre. Y el endurecimiento de corazón que siguió á la perpetración de tamañas culpas, mi hastío, mi desesperación, mi orgullosa impaciencia, mi necia terquedad en seguir pecando, el amor al pecado que se enseñoreó de todo mi ser, todos estos sentimientos contradictorios y vehe-

mentes ¿fueron otra cosa que los golpes y denuestos con que la desapiadada soldadesca y el populacho os recibieron, disponiéndose á ejecutar la sentencia pronunciada por Pilatos?

Padrenuestro, Avemaria, etc.

Ÿ. Miserere nostri, Domine.

R. Miserere nostri.

Fidelium animæ, etc.

SEGUNDA ESTACIÓN

JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS

Ÿ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Sobre las desgarradas espaldas del Salvador cárgase una maciza y pesada cruz, pesada y maciza para que pueda sostenerle en lo alto en el Calvario. Jesús la recibe sin inmutarse y con mansedumbre, más aun, henchido de gozo su corazón, porque así ha de operarse la redención de la humanidad.

Verdad es; pero no olvidemos que el peso de la cruz es el peso de nuestros pecados. Al ser descargada sobre el cuello y las espaldas de Jesús, el choque fué rudísimo. ¡Qué peso dejó caer sobre Vos bruscamente y sin

compasión, oh buen Jesús! Aun cuando en la serena y clara visión de vuestro espíritu, Vos, que veis todas las cosas, estabais plenamente preparado para recibir toda suerte de afrentas, no obstante, sentisteis estremecerse vuestro delicado cuerpo y desfallecisteis bajo el peso con que os cargaban. ¡Ah, cuán miserable soy por haberme atrevido á levantar la mano contra mi Dios! ¿Cómo imaginara que Él puede perdonarme, si no me hubiese dicho Él mismo que padeció su amarguísima pasión precisamente para podernos perdonar. Reconozco, oh Jesús, en medio de la angustia y agonía de mi corazón, que fueron mis pecados los que abofetearon vuestro rostro, agobiaron vuestros brazos sagrados, desgarraron vuestra carne con azotes de hierro, os clavaron en la cruz y os dejaron morir en ella lentamente.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ BAJO EL PESO DE LA CRUZ

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

✠. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús, doblegado bajo el peso y longitud de la enorme cruz, cuya extremidad va arrastrando por el suelo, empieza á caminar con lentitud en medio de los escarnios é insultos de la muchedumbre. La agonía en el huerto bastó ya para dejarle exhausto, pero no fué más que el primer padecimiento de una interminable serie. Jesús echa á andar con plenísima voluntad de su corazón, pero sus miembros desfallecen, y cae.

Sí, ciertos son mis temores. Jesús, el Señor fuerte y poderoso, ha en-

contrado por un momento nuestros pecados superiores á sus fuerzas. Cae, pero continúa llevando la carga; tropieza, pero se alza y sigue adelante. ¿Por qué desfallece? Porque—no he de cansarme en repetirlo—así te recuerda, oh alma mía, que has vuelto á caer en pecado mortal. Me arrepentí de los pecados de mi juventud y durante algún tiempo perseveré; pero al cabo volvió la tentación bajo una nueva forma, cuando estaba descuidado, y de pronto sucumbí. Entonces perdí instantáneamente todos los buenos hábitos adquiridos, como si me despojasen de mis vestiduras, tan rápida y tan completa fué la pérdida de la gracia. En tal momento quise mirar á mi Señor: ¡ay! Jesús había caído. Cubrí mi cara con las manos y permanecí en un estado de confusión inexplicable.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

CUARTA ESTACIÓN

JESÚS ENCUENTRA Á SU MADRE

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús se levanta; aunque herido por la caída, prosigue su peregrinación con la cruz á cuestas. Anda con el cuerpo inclinado; eleva una vez la mirada y ve á su Madre. Contémplanse un breve momento y Jesús sigue adelante.

María hubiera preferido padecer los dolores de su Hijo, de ser esto posible, antes que ignorar su gravedad dejando de aproximarse á Él. Jesús, á su vez, sintió algún refrigerio, como una bocanada de pura y embalsamada brisa, cuando vió el rostro contristado de su Madre en medio del movimiento y del tumulto

que le rodeaban. María le había conocido lleno de gloria y hermosura, impreso en su persona el encanto de la inocencia divina; veíale *ahora* tan cambiado y desfigurado, que difícilmente le hubiera reconocido á no ser por la mirada penetrante, vibrante, llena de paz, que le dirigió. Con todo, Jesús llevaba á costas la carga de los pecados del mundo, y, á pesar de su santidad infinita, la imagen de éstos se reflejaba en su mismo rostro. Parecía un paria ó un hombre fuera de la ley que lleva encima algún horrendo crimen. Por nosotros se había convertido en pecador el que no conocía el pecado; su fisonomía, todo su cuerpo, hablaban de culpa, de maldición, de castigo, de agonía.

¡Qué encuentro el del Hijo y la Madre! No obstante, confortáronse mutuamente, porque existía entre ambos una corriente de amor. Jesús y María ¿pueden olvidar aquel episodio de la pasión por toda la eternidad?

Padrenuestro, Avemaria, etc.

QUINTA ESTACIÓN

SIMÓN DE CIRENE AYUDA Á JESÚS Á LLEVAR LA CRUZ

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus
tibi.

ŷ. Quia per sanctam Crucem tuam rede-
misti mundum.

Por fin la fuerza le abandona por completo y no puede dar un paso más. Sus verdugos se detienen perplejos sin saber qué hacer. ¿Cómo llegarán hasta el Calvario? No tardan en descubrir entre la multitud á un hombre desconocido que parece robusto y activo: es Simón de Cirene. Apodéranse de él y le obligan á llevar la cruz con Jesús. La vista del divino Reo conmueve las entrañas de aquel hombre. ¡Insigne privilegio! ¡Alma feliz, escogida de Dios! El Cireneo acepta con alegría el oficio que le asignan.

Tal acaeció por intercesión de María. *El* rogó, no para sí, sino para que le fuese dado beber hasta las heces el cáliz del dolor y hacer la voluntad de su Padre; mas *Ella* se mostró madre siguiéndole con sus oraciones, ya que no estaba en su poder ayudarle de otro modo. Entonces *Ella* envió á aquel desconocido para que le ayudase á llevar la cruz. *Ella* fué la que indujo á los soldados á comprender que su barbarie rebasaba toda medida. ¡Dulcísima Madre, *haced* lo mismo con nosotros. Rogad sin cesar por nosotros, santa Madre de Dios; rogad por nosotros, cualquiera que sea nuestra cruz, mientras vamos andando por el mundo! Rogad por nosotros, y nos levantaremos de nuestras caídas. Rogad por nosotros cuando de nosotros se enseñoreen las penas, tribulaciones ó enfermedades. Rogad por nosotros cuando estemos dominados por el imperio de la tentación, y enviadnos, para que nos socorra, alguno de vuestros siervos fieles. Y si en el otro mundo somos juzgados dignos de expiar

nuestros pecados en la cárcel del purgatorio, mandadnos un ángel bueno que nos proporcione algún refrigerio. Rogad por nosotros, santa Madre de Dios.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

SEXTA ESTACIÓN

JESÚS Y LA VERÓNICA

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús asciende penosamente la colina y mortal sudor baña su faz; una mujer se abre camino entre la multitud y enjuga su rostro con un pañuelo. En recompensa de su acto de piedad, permanecen impresas en el paño las sagradas facciones del Redentor.

El auxilio del Cireneo, inspirado por la ternura de la Madre, no fué la única intervención de María Santísima. Sus oraciones enviaron tanto al Cireneo como á la Verónica; á aquél para que interviniese con su fuerza varonil, á ésta para que des-

empeñase un ministerio femenino. La devota sierva de Jesús hizo lo único que estaba á su alcance. Así como Magdalena había derramado el precioso bálsamo durante el banquete, así ahora ofrecía la Verónica su paño durante la pasión. «¿Qué más puedo hacer?—debió de exclamar.—¿Por qué no tengo la robustez de Simón para ayudarle á sostener el peso de la cruz? Pero sólo hombres pueden servir al Sumo Sacerdote que está ahora celebrando el acto solemne del sacrificio.» ¡Oh Jesús, haced que todos y cada uno de nosotros podamos servirlos según nuestras fuerzas y el lugar que ocupamos! Y así como aceptasteis de vuestros seguidores algún consuelo en la hora de la prueba, dadnos á nosotros el sostén de vuestra gracia cuando nos asalte con fuerza el enemigo. Me siento sobrado débil contra la tentación, el cansancio, el hastío y el pecado. Dígame muchas veces: ¿Para qué me sirve tener religión? Voy á caer, oh Salvador mío, voy á caer sin remisión, si Vos no renováis mi juventud como la del

águila, si Vos no infundís en mí nueva vida mediante la confortante eficacia de los santos sacramentos por Vos instituídos.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

ṛ. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Los dolores que le causan sus heridas y la pérdida de sangre aumentan á cada paso; ceden otra vez sus miembros y vuelve á caer al suelo.

¿Qué crimen ha cometido Jesús para merecer semejante pena? ¿Así se recompensa al Mesías tantos siglos esperado por el pueblo escogido, por los hijos de Israel? Cubierto de confusión debo confesar que Jesús cae porque *yo* he caído. He vuelto á caer, con todo y saber con certeza que sin vuestra gracia, oh Señor, no podía mantenerme en pie. Imagi-

né que frecuentaba fervorosamente vuestros sacramentos; no obstante, á pesar de asistir al santo sacrificio de la Misa y de cumplir mis obligaciones, volví á hallarme fuera de vuestra gracia. No puede atribuirse esta desdicha más que al haber perdido mi espíritu de devoción, cumpliendo vuestros preceptos santos de un modo frío y formulista sin afectos interiores. Me volví tibio y pusilánime; di por terminada la batalla de la vida y adquirí una falsa seguridad. No poseía ya la fe viva, ni la visión de las cosas espirituales. La costumbre y los respetos humanos me llevaban todavía á la iglesia. Pretendía ser un hombre regenerado, pretendía vivir en la fe, en la esperanza y en la caridad; pero pensaba más en este mundo que en el venidero. Al cabo olvidé que era siervo de Dios y anduve por el anchuroso camino que lleva á la perdición, abandonando la angosta senda que conduce á la vida. Y de este modo me aparté de Vos y sucumbí.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

OCTAVA ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA Á LAS MUJERES DE JERUSALÉN

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

Ṛ. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Ante el espectáculo de los padecimientos de Jesús, las santas mujeres se sienten tan penetradas de dolor que no pueden menos de llorar y lamentar su suerte, sin pensar en los males que pueden acarrearles sus lamentaciones. Jesús, dirigiéndose á ellas, les dice: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, antes bien, llorad por vosotras y por vuestros hijos.»

¡Ah! ¿es posible, Señor, que *yo* sea uno de aquellos hijos pecadores por los cuales dijisteis á las madres que llorasen? «No lloréis por mí—dijo el Señor,—porque soy el Cor-

dero de Dios, que expió con mi plena voluntad los pecados del mundo. Ahora padezco, pero después triunfaré; y cuando llegue mi triunfo, estas almas, por las cuales voy á morir, serán ó mis amigas más amadas ó mis mayores enemigas.» ¿Es esto posible? ¡Oh Señor! ¿puedo hacerme cargo de tan terrible verdad: que Vos llorasteis por mí al llorar sobre Jerusalén? ¿Es posible que yo me cuente entre los réprobos? ¿Es posible que con vuestra pasión y muerte en vez de ganar pierda? ¡Ah, no os apartéis de mí! Ando por un camino peligrosísimo; el mal me domina, y apenas tengo decisión y valor para oponerme á él. ¿Qué será de mí, Señor? ¡Me parece tan difícil arrojar de mi corazón al maligno enemigo! Sólo Vos podéis expulsarle para siempre.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

NOVENA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Ÿ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús se aproxima penosamente á la cima del Calvario; mas antes de llegar al lugar mismo en que ha de ser crucificado cae de nuevo y otra vez es arrastrado bárbaramente por la soldadesca brutal.

La Sagrada Escritura nos habla de tres caídas del espíritu del mal, Satanás. La primera acaeció en un principio; la segunda, cuando el Evangelio y el reino de los cielos fueron predicados al mundo; la tercera acaecerá cuando llegue el fin de todas las cosas. Nos habla de la primera caída el Evangelista San Juan, con estas

palabras: «Hubo una gran batalla en el Cielo; Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón, y lidiaban el dragón y sus ángeles. Y no prevalecieron éstos, y nunca más fué hallado su lugar en el Cielo. Y fué lanzado fuera aquel dragón grande, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás.» La segunda caída, en los tiempos del Evangelio, nos es descrita por Nuestro Señor mismo cuando dice: «Vi á Satanás que caía del cielo como un rayo.» Y la tercera nos la refiere el mismo San Juan: «Dios hizo descender fuego del cielo..., y el diablo... fué metido en el estanque de fuego y de azufre.»

Estas tres caídas, la pasada, la actual y la futura, teníalas presentes el espíritu maligno cuando inspiró su traición á Judas. Llegaba entonces su hora, y así lo dijo Nuestro Señor á sus enemigos al ser prendido: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Satanás sabía que su tiempo era breve, y determinó aprovecharlo eficazmente. Mas no entendiendo que iba á obrar en

favor de la redención del mundo realizada por la pasión y muerte de Nuestro Señor, y animado por un sentimiento de venganza y triunfalmente, á su entender, hizo caer á Jesús por primera, por segunda y por tercera vez, aumentando á cada caída los dolores. El peso de la cruz, la barbarie de los soldados y del populacho, fueron los instrumentos del demonio. ¡Oh Jesús, Hijo primogénito de Dios, Verbo Encarnado, os alabamos, adoramos y amamos por vuestra inefable condescendencia, llegada al extremo de entregaros y someteros al poder del enemigo de Dios y del hombre, con el fin de librarnos de ser sus servidores y compañeros por toda la eternidad!

Otra meditación

La tercera caída de Jesús es más grave que las anteriores. Sus fuerzas le abandonan por completo durante algún espacio de tiempo; cuéntales á los soldados volverle en sí. ¡Ah! este es un anuncio de lo que me ha de acontecer, puesto que ando

de mal en peor. Jesús, que ve el fin de las cosas desde su mismo principio, pensaba en mí constantemente mientras era arrastrado por las calles de la ciudad y ascendía la colina del Calvario. Él vió que yo volvería á caer á pesar de todos los avisos y auxilios anteriores; Él vió que yo me abandonaría al sosiego y á la confianza, y que mi enemigo me asaltaría con una nueva tentación á la cual no me había visto expuesto todavía. Yo creí que mi debilidad estribaba en un punto flaco que me era conocido; no imaginaba que tenía también otros puntos vulnerables. Y Satanás los atacó fieramente y se apoderó de mí, auxiliado por mi contentamiento y descuido. Faltábame la humildad; creí que ningún mal me podía sobrevenir y que era ya pasado todo peligro de pecar; creí que ir al Cielo era cosa facilísima y abandoné toda vigilancia. El orgullo me perdió, y caí por tercera vez.

Padrenuestro, Ave maria, etc.

DÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS Y DANLE DE BEBER VINO CON HIEL

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Finalmente, llega Jesús al lugar del sacrificio y empiezan los preparativos para la crucifixión. Son arrancadas las vestiduras del ensangrentado cuerpo del Salvador, y Él, el Santo de los santos, queda expuesto á las miradas de la grosera y sarcástica muchedumbre.

¡Oh Jesús, Vos que fuisteis despojado de vuestras vestiduras y mostrado á la curiosidad y á las mofas del populacho! despojadme ahora del hombre viejo, á fin de que, cuando llegue el día del juicio, no me aver-

güence ante los hombres y los ángeles. Vos sufristeis vergüenza en el Calvario, para evitar mi vergüenza al ser juzgado. Vos de nada teníais que avergonzaros, y la vergüenza que tuvisteis debióse á la naturaleza humana que habíais adoptado. Cuando os desnudaron de vuestras vestiduras, vuestros miembros inocentes fueron objeto de humilde y amorosa adoración por parte de los serafines, quienes, agrupados en torno vuestro, permanecieron atónitos y reverentes, maravillándose de vuestra belleza y temblando ante vuestro grandísimo rebajamiento. Mas yo, Señor, ¿cómo compareceré á los ojos de todos si Vos me ponéis un día en evidencia, desnudo de la túnica de vuestra gracia y cubierto únicamente con mi propia vida y naturaleza? ¡Oh, cuán repugnante soy abandonado á mí mismo, aun en mi mejor estado natural! Aun cuando me halle limpio de pecado mortal, mis pecados veniales muestran mi enfermedad y corrupción. ¿Cómo podré ser digno de estar en compañía de los ángeles y de com-

parecer ante vuestra presencia, á menos que queméis en el fuego del purgatorio la lepra que me roe?

Padrenuestro, Avemaría, etc.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Ÿ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Descansa la cruz en el suelo y sobre ella es extendido Jesús. Luego, bamboleando pesadamente y á costa de muchos esfuerzos, álzase el madero santo y húndese su extremidad inferior en el agujero cavado en la tierra para recibirlo. Ó, según opinión de otros, levántase la cruz y entonces súbese á Jesús y se le clava en ella. Mientras los verdugos, sin entrañas, hunden en su carne los clavos, Jesús se ofrece á su Padre eterno como rescate del mundo. Sue-

nan los fuertes golpes... chorrea la sangre á borbotones.

Si; los soldados levantan la cruz y apoyan en ella una escalera por la cual hacen subir á Jesús después de haberle despojado de sus vestidos. La divina víctima se coge débilmente con las manos á los travesaños de la escalera, y sube lentamente, desfalleciendo, á costa de esfuerzos inauditos, sostenido á cada lado por los soldados que impiden que caiga. Al llegar á la tabla saliente en donde ha de poner sus pies sagrados, Jesús, con dulce modestia y mansedumbre, se vuelve de cara al feroz populacho y extiende sus brazos, como si quisiese abrazar á todos. Y apoya amorosamente sus manos en el madero horizontal de la cruz, esperando la acción de los verdugos; éstos, armados de pesados martillos, agujerean con enormes clavos las palmas de las manos de Jesús hundiéndolo fuertemente la punta en la madera. Vedle pendiente de la cruz, objeto de escándalo para la multitud y de terror para los

espíritus malignos, objeto de admiración, de reverencia, de júbilo y de adoración para los santos ángeles.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS EXPIRA EN LA CRUZ

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

ŕ. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Durante tres horas estuvo Jesús pendiente de la cruz. En ella oró por sus verdugos, prometió el paraíso al ladrón arrepentido y encomendó su bendita Madre al discípulo amado, San Juan. Después, y una vez todo estuvo consumado, inclinando la cabeza entregó su espíritu.

¡Todo está consumado! El Santo de los santos ha expirado ya. El más tierno, el más amante, el más santo de los hijos de los hombres ha dejado este mundo. Jesús ha muerto, y con su muerte morirán mis culpas. Resuelvo ahora y para

lo sucesivo, ante los hombres y ante los ángeles, no dejarme dominar más por el pecado. En esta época cuaresmal me pongo para siempre en manos de Dios. La salvación de mi alma es el mayor negocio al cual debo consagrarme. Con el auxilio de su gracia cobraré aborrecimiento y sentiré dolor por mis pecados pasados. Quiero que mi odio al pecado sea tan grande como mi pasada complacencia. Me entrego á Dios, no en parte, sino sin restricción alguna. Yo os prometo, Dios mío, ayudado por vuestra gracia, andar lejos del camino de la tentación, evitar toda ocasión de pecado, cerrar los oídos á la voz del demonio, observar la mayor regularidad en mis prácticas religiosas y morir al pecado de manera que no pueda decirse que en vano habéis muerto en la cruz por mí.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

DÉCIMATERCIA ESTACIÓN

JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ
Y COLOCADO EN EL REGAZO DE MARÍA

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus
tibi.

Ṛ. Quia per sanctam Crucem tuam rede-
misti mundum.

El populacho se ha alejado; el Calvario queda solitario, no permaneciendo al pie de la cruz más que María y las santas mujeres. Llegan después José de Arimatea y Nicodemo, y descendiendo de la cruz el cuerpo de Jesús, depositanlo en brazos de María.

¡Oh María, por fin volvéis á poseer á vuestro Hijo! Sus enemigos no pueden hacer ya nada contra Él, y, despreciándolo, os lo abandonan. Mientras sus dos amigos inesperados ejecutan su difícil tarea, Vos alzáis

los ojos y pensáis lo que no nos es dado expresar con palabras. Atraviesa vuestro corazón maternal la espada de dolor que predijo Simeón. ¡Oh Madre afligidísima! con todo, en vuestra aflicción se envuelve un gozo mayor. El gozo venidero es el que os dió fuerzas para no moveros del lado de vuestro Hijo, cuando estaba clavado en la cruz; dueña de vuestros sentidos, sin temblar le recibisteis en vuestros brazos y le hicisteis descansar en vuestro seno. Inmensa es ahora vuestra dicha porque Jesús vuelve á ser vuestro, aunque torna á Vos muy diferente de cuando os dejó. Salió Él de vuestra casa, oh Madre de Dios, con toda la fuerza y belleza de su edad viril, y á Vos regresa herido, desgarrado, muerto. No obstante, oh Santísima María, Vos sois más feliz en esta hora de dolor que en aquel día de las bodas de Caná, porque entonces Él se alejaba de Vos y ahora, próxima ya la hora de la resurrección, el Salvador no se apartará más de Vos.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

DÉCIMACUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES ENTERRADO EN EL SEPULCRO

Ÿ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Mas, por espacio de unos tres días cortos, un día y medio contando exactamente, María debe hacer entrega de su Hijo. Jesús no ha resucitado todavía. Sus amigos y servidores lo levantan de vuestros brazos y lo depositan en honrosa sepultura, cerrándola cuidadosamente, hasta que llegue la hora de la resurrección.

Descansad y dormid en paz durante algunas horas en la tranquila tumba, amadísimo Señor, mas no tardéis en alzaros para reinar eternamente. Nosotros, como las santas mujeres, velaremos cerca de Vos,

porque Vos sois todo nuestro tesoro y toda nuestra vida. Y cuando llegue la hora en que debamos morir, concedednos, dulcísimo Señor, que durmamos tranquilamente el sueño de los justos. Séanos de paz el breve intervalo que separará la muerte de la general resurrección. Protegednos contra el enemigo, salvadnos del abismo. Haced que nuestros amigos se acuerden de nosotros y por nosotros recen, oh Señor. Permitid que se celebren misas en sufragio de nuestras almas, abreviando de este modo las penas del purgatorio, tan merecidas como gustosamente sobrellevadas. Otorgadnos algún refrigerio en aquel lugar de expiación; envolvednos en santos ensueños y suaves contemplaciones, en tanto que adquiramos suficiente fuerza para subir al cielo. Y cuando suene la hora, dad licencia á nuestros fidelísimos ángeles de la guarda para que nos ayuden á ascender por la gloriosa escalera que une los cielos y la tierra, columbrada por Jacob en su visión. Y cuando lleguemos á las puertas eternas, haced que se

abran al son de la música angélica, y dejad que San Pedro nos reciba y que Nuestra Señora, la gloriosa Reina de los Santos, nos abra sus brazos y nos conduzca á Vos, y á vuestro Padre Eterno y á vuestro Espíritu coigual, Tres Personas y un solo Dios, para reinar con Él por todos los siglos de los siglos.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

ORACIÓN

Oh Dios, que por la preciosísima Sangre de vuestro Hijo Unigénito santificasteis el estandarte de la cruz, os rogamos concedáis, á los que nos regocijamos en la gloria de la misma santa Cruz, que en todo tiempo y lugar gocemos de vuestra protección. Por el mismo Cristo Señor nuestro.

Termínese con un Padrenuestro, Avemaria y Gloria, según la intención del Sumo Pontífice.

(*Vide la Raccolta*).

BREVES MEDITACIONES

PARA EL EJERCICIO DEL VÍA CRUCIS

Récese el acto de contrición

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO Á MUERTE

℟. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

℣. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

El Santo, el Justo, el que es la Verdad misma, fué juzgado por pecadores y condenado á muerte. No obstante, al propio tiempo que le

juzgaban, veíanse compelidos á absolverle. Judas, el que le vendió, decía: «He pecado, porque he vendido la sangre de un inocente.» Pilatos, el que le sentenció, pronunciaba estas palabras: «Soy inocente de la sangre de este justo», y hacía responsables á los judíos. El Centurión, que fué testigo de su crucifixión, exclamó: «Verdaderamente, éste *era* un varón justo.» Así siempre, oh Señor, vos sois justificado en vuestras palabras, y vencéis aún cuando sois juzgado. Y mucho más en el último día «pondrán en Vos sus *miradas* los mismos que os dieron muerte»; y el varón de dolores que fué condenado, juzgará al mundo en la gloria de su omnipotencia, y aun aquellos mismos sobre cuyas cabezas recaerá desfavorable sentencia, confesarán que su juicio es justo.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

Ÿ. Miserere nostri, Domine.

✠. Miserere nostri.

Fidelium animæ, etc.

SEGUNDA ESTACIÓN

JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS

¶. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

¶. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús sostiene todo el universo con su poder divino, porque es Dios; pero su peso le es más ligero que el de la cruz que nuestros pecados cargaron sobre sus hombros. Nuestros pecados le someten á esa humillación. Él hubo de adoptar nuestra naturaleza, apareciendo entre nosotros como hombre y ofreciendo por nosotros un magno sacrificio. Hubo de llevar una vida de penitencia, terminándola con su pasión y muerte dolorosísimas. ¡Oh Señor Dios omnipotente, que lleváis sin fatiga el peso del mundo, que llevasteis el peso de todos nuestros pecados y

con ellos os sentisteis fatigado! Así como sois, mediante vuestra providencia, el Conservador de nuestros cuerpos, sed igualmente, mediante vuestra preciosísima sangre, el Salvador de nuestras almas.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR VEZ PRIMERA BAJO EL PESO DE LA CRUZ

ŷ. *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.*

R. *Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.*

Al principio cayó Satanás del cielo; cayó sufriendo la justa condenación de su Creador contra el cual se había rebelado. Y cuando hubo logrado que el hombre se asociase á él en su rebelión y que su Hacedor bajase para redimirle, tuvo una breve hora de triunfo y aprovechóla cuanto pudo. Cuando el Santo de los santos se vistió de carne mortal y estuvo en su poder, el demonio, alentado por su malicia y su sed de venganza, determinó que, así como había sido derribado por el brazo del Todopoderoso, así

él á su vez iba á descargar un fuerte golpe sobre el que le derribó. He aquí porqué Jesús cayó de un modo inesperado. Amadísimo Señor, por vuestra primera caída os suplicamos que nos levantéis del pecado, bajo cuyo poder tan miserablemente hemos caído.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

CUARTA ESTACIÓN

JESÚS ENCUENTRA Á SU MADRE

V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

No hay pasaje de la vida de Jesús en el cual no tenga su parte María Santísima. No faltan quienes, pretendiendo ser siervos de Jesús, creen que la misión de María terminó cuando dió á luz á su Hijo, no incumbiéndola ya más obligación que la de desaparecer y ser olvidada. Mas nosotros, oh Señor, vuestros hijos de la Iglesia Católica, no pensamos tal cosa de vuestra Madre. Ella llevó el tierno Niño al templo; Ella le levantó en sus brazos cuando los Magos fueron á adorarle; Ella huyó con Él á Egipto; Ella le condujo á Jerusalén cuando llegó á la

edad de doce años; Ella vivió con Él en Nazaret hasta que cumplió los treinta; Ella le acompañó á las bodas de Caná, y hasta cuando Jesús se separó de Ella para predicar, María fué siguiendo sus huellas. Ahora también Ella se nos muestra andando en pos de su divino Hijo, que camina por la calle de la amargura cargado con la cruz. ¡Oh dulcísima Madre, haced que, cuando pongamos en Jesús nuestro pensamiento, al propio tiempo pensemos en Vos, y siempre que á Él enderecemos nuestras súplicas, hacedlas eficaces con vuestra poderosa intercesión!

Padrenuestro, Avemaria, etc.

QUINTA ESTACIÓN

SIMÓN DE CIRENE AYUDA Á JESÚS Á LLEVAR LA CRUZ

℣. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

℟. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús podía llevar la cruz sin ayuda de nadie, si tal hubiese sido su voluntad divina; mas permitió que Simón compartiese con Él la carga, á fin de que no olvidásemos que también nosotros hemos de tomar parte en sus padecimientos y asociarnos á su obra. Con todo y ser su mérito infinito, no obstante, condesciende á que sus hijos sumen sus méritos al suyo. La santidad de la Virgen Santísima, la sangre de los mártires, las oraciones y austeridades de los santos, las obras buenas de todos los fieles se asocian á

una obra que, sin necesitar cooperación alguna, es por sí sola perfecta. Jesús nos salva con su sangre sacratísima, pero nos quiere salvar por nosotros y con nosotros. Amadísimo Señor, enseñadnos á padecer con Vos, hacednos agradable lo que padezcamos por amor vuestro y santificad todos nuestros padecimientos por el mérito de los vuestros.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

SEXTA ESTACIÓN

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus
tibi.

℞. Quia per sanctam Crucem tuam rede-
misti mundum.

Jesús permitió que tan piadosa mujer poseyese una impresión del sagrado rostro que debía perdurar en los tiempos venideros. Así lo quiso para recordarnos que su imagen debe estar impresa para siempre en todos nuestros corazones. Quienquiera que seamos, en cualquier parte del mundo que nos hallemos, en cualquier época que vivamos, es preciso que Jesús habite en nuestros corazones. Podremos diferenciarnos unos de otros en muchas cosas, mas todos debemos concordar en poseer á Jesús, si queremos ser verdaderos

hijos suyos. Debemos llevar en nosotros el lienzo de la Verónica; debemos meditar de continuo sobre la muerte y resurrección del Salvador; debemos imitar siempre y en la medida de nuestras fuerzas sus divinas excelencias. Señor, haced que sean agradables á vuestros ojos nuestras personas, no contaminadas con el pecado, sino bañadas y regeneradas con vuestra preciosa sangre.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Satanás sufrió una segunda caída cuando Jesús descendió á la tierra. En aquel tiempo el demonio había usurpado el dominio del mundo entero, apropiándose el título de rey. Atrevióse á coger en sus brazos al divino Salvador y á enseñarle todos los reinos de la tierra y á prometérselos con palabras blasfemas si Él, su Hacedor, quería adorarle. Jesús le contestó: «Márchate de ahí, Satanás!» Y Satanás cayó derrumbado del elevado monte. Jesús dió testimonio de ello cuando dijo: «Vi á Satanás que caía del Cielo como un rayo.» El espíritu maligno se acordó

de esta segunda derrota y por esto derribó por segunda vez al Cordero inocente al tenerle nuevamente en su poder. ¡Oh amadísimo Señor, enseñadnos á padecer con Vos y á no temer las acometidas de Satanás cuando contra nuestra resistencia multiplique sus ataques!

Padrenuestro, Avemaria, etc.

OCTAVA ESTACIÓN

LAS MUJERES DE JERUSALÉN LLORAN POR NUESTRO SEÑOR

Ÿ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Recordando constantemente la profecía del tiempo antiguo que anunciaba que el Salvador de los hombres debía nacer de una mujer de la raza de Abrahán, las mujeres judías habían todas deseado darle á luz. Mas cuando hubo llegado su hora, ¡cuán diferente fué el acontecimiento de como lo habían previsto, según narra el Evangelio! Jesús les dijo que llegaban ya los días en que se diría: «Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no amamantaron.» ¡Ah, Señor, no sa-

bemos discernir lo que para nosotros es bueno ó malo! No podemos adivinar lo futuro, ni nos es dado conocer el tiempo en que vendréis á visitarnos ni en qué forma vendréis. Por consecuencia, bueno es dejarlo todo en vuestras manos. Haced con nosotros y en nosotros conforme á vuestra voluntad divina. A Vos levantaremos nuestros ojos y Vos nos miraréis, y nos concederéis la gracia de vuestra cruz y pasión amarguísimas, y nos consolaréis según vuestros planes y cuando llegue vuestra hora.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

NOVENA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Satanás sufrirá una tercera y última caída cuando llegue el fin del mundo; entonces será encerrado definitivamente en la eterna dura cárcel del infierno. Satanás sabía que tal había de ser su fin; no cabe en él esperanza, sino desesperación. Sabía que ninguno de los padecimientos que podía infligir al Salvador de los hombres le rescataría de su inevitable destino. Mas, lleno de rabia y de odio, resolvió insultar y atormentar mientras pudiese al gran Monarca cuyo reino es perdurable. Obrando en consecuencia, derribóle sin piedad por el suelo. ¡Oh Jesús

Hijo de Dios Unigénito, Verbo Encarnado! os adoramos temerosos y temblorosos y profundamente reconocidos por vuestra tremenda humillación, porque Vos, siendo el Altísimo, habéis á Vos mismo permitido por una hora ser juguete y presa del espíritu del mal.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

DÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

Ṛ. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Jesús quiso renunciar á todo lo de este mundo antes de salir de él. Ejerció la más perfecta pobreza; habiendo dejado la santa casa de Nazaret y salido al mundo para predicar, no tuvo dónde reclinar su cabeza; comió pobremente lo que le daba la caridad de las personas que le amaban y le servían. Finalmente, escogió un género de muerte que le privaba aún de sus vestiduras; hubo, pues, de separarse de lo que es á todas luces más indispensable, y aun de una parte de sí mismo por ley de la naturaleza humana desde la caída

del primer hombre. Concedednos de igual manera, oh Señor, que no andemos solícitos por nada de este mundo y que soportemos la pérdida de todas las cosas y suframos humillaciones, injurias, menosprecios y mofas, á fin de que Vos no os avergoncéis de nosotros en el último día.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Gruesos clavos traspasan las manos y los pies del Señor. Sus ojos están cegados por la sangre y oprimidos por los cerrados párpados, amoratados é hinchados con los golpes de los feroces verdugos. Dánle á beber una mezcla de hiel y vinagre. Su cabeza está circundada por punzantes espinas. La lanza hiere su corazón. De tan cruel manera son atormentados y crucificados todos sus sentidos, con el fin de expiar todos los pecados de la humanidad. ¡Oh Jesús, haced que con Vos seamos atormentados y crucificados, y que nunca pequemos con

las manos ó los pies, con los ojos ó la boca, con el corazón ó la cabeza; que todos nuestros sentidos sean un sacrificio que de continuo os ofrezcamos; que cada uno de nuestros miembros cante vuestras alabanzas! Haced que la sangre sacratísima que manó de vuestras cinco llagas nos inunde ungiéndonos con tal gracia santificante, que nos haga morir al mundo y vivir únicamente en Vos.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS EXPIRA EN LA CRUZ

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

ŕ. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

«CONSUMMATUM EST!» Todo está consumado; todo ha llegado á su término. El misterio del amor divino para con nosotros se ha cumplido ya. Ha sido pagado el precio del rescate y estamos redimidos. El Padre eterno decretó no perdonarnos sin un estipendio, para mostrarnos así su especial favor, y condescendió hasta asignarnos un valor. Cuanto compramos es valorado por nosotros. Podía Dios salvarnos sin precio alguno, con un solo *fiat* de su omnipotencia; mas para mostrarnos cuánto nos amaba, estableció un precio, el cual, si había de abarcar á toda

la humanidad, si había de ser el rescate de todo el mal obrado por nuestros pecados, no podía consistir en cosa menor que la muerte de su propio Hijo vestido de nuestra naturaleza. ¡Oh mi Dios y mi Padre! Vos nos habéis evaluado en tanto que habéis querido pagar por nuestras almas pecadoras el más elevado precio posible; nosotros, á nuestra vez, ¿no os amaremos y escogeremos por encima de toda cosa como lo único necesario y óptimo?

Padrenuestro, Avemaría, etc.,

DÉCIMATERCIA ESTACIÓN

JESÚS ES COLOCADO EN BRAZOS DE SU MADRE

V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Ya vuelve á ser vuestro, oh Virgen Madre, porque Él y el mundo se hallaron y separáronse. Alejóse de Vos para hacer la voluntad de su Padre—la ha hecho ya y por ella ha padecido.—Satanás y los hombres malvados no le tienen bajo su poder—harto tiempo les perteneció.—Satanás le llevó en brazos al elevado monte; los hombres malvados le alzaron con sus brazos en la cruz. Desde su infancia no había descansado en los vuestros, oh Madre de Dios; mas ahora le poseéis otra vez, cuando el mundo le abandona mal-

tratado y exánime. Porque Vos sois la Madre del Altísimo, colmada de privilegios, de bienaventuranza y de gracia. Regocijémonos en este gran misterio. Jesús estuvo oculto en vuestro seno, reposó en vuestra falda, fué amamantado á vuestros pechos, fué llevado en vuestros brazos, y ahora, sin vida, es depositado en vuestro regazo. Virgen Santísima, Madre de Dios, rogad por nosotros.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

DÉCIMACUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES ENTERRADO EN EL SEPULCRO

ŷ. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

℞. Quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Nunca pareció que Jesús estuviese más lejos de su triunfo perdurable como cuando estaba más próximo á triunfar. Poco antes de entrar en su reino y de desplegar su omnipotencia en los cielos y en la tierra, yacía muerto en un sepulcro labrado en la roca. Un sudario envolvía su cuerpo, una piedra sellaba la puerta del sepulcro, dentro del cual iba á tener en breve un cuerpo glorioso y espiritual, capaz de atravesar todas las substancias, de salvar las distancias con mayor rapidez que el pensamiento y destinado á ascender al Cielo. Haced, oh Jesús, que

en Vos confiemos abrigando la seguridad de que Vos tendréis con nosotros igual providencia. Inspiradnos, oh Señor, la certidumbre de que cuanto mayor sea nuestra tribulación tanto más cerca de Vos nos hallaremos; cuanto más nos desprecien los hombres tanto más nos honraréis; cuanto más seamos insultados tanto más seremos exaltados por Vos, cuanto más se nos eche en olvido tanto más os acordaréis de nosotros; y cuanto más nos veamos abandonados tanto más cerca de vuestro trono nos llamaréis.

Padrenuestro, Avemaria, etc.

ORACIÓN

Oh Dios, que por la preciosísima Sangre de vuestro Hijo Unigénito santificasteis el estandarte de la cruz, os rogamos concedáis, á los que nos regocijamos en la gloria de la misma santa Cruz, que en todo tiempo y lugar gocemos de vuestra protección. Por el mismo Cristo Señor nuestro.

Termínese con un Padrenuestro, Avemaria y Gloria, según la intención del Sumo Pontífice.

(Vide la Raccolta.)

Doce meditaciones y súplicas para el Viernes Santo

I

JESÚS CORDERO DE DIOS

«He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo.» Así habló San Juan Bautista cuando vió acercarse al Hijo de Dios; y al pronunciar estas palabras no hacía más que repetir el título con el cual desde el principio fué conocido Nuestro Señor. Abel, el justo, mostró su fe en Él sacrificando los primogénitos de su ganado; Abrahán ofreció un carnero, en lugar de su hijo Isaac, á quien Dios no quiso inmolar; los israelitas recibieron la orden de sacrificar un cordero una vez al año, en tiempo de

pascua—un cordero por familia,—un cordero sin mancha, que había de ser comido entero, exceptuando la sangre con la cual debían ser rociadas, en demanda de protección, las puertas de las casas. El profeta Isaías emplea la misma figura al hablar de Nuestro Señor: «Como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca» (Isai., LIII, 7). Y así acaeció, porque «Él fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados:... y con sus cardenales fuimos sanados» (LIII, 5). De igual manera el evangelista San Juan, en las visiones del Apocalipsis, habla de Cristo en estos términos: «Miré, y vi... un Cordero en pie así como muerto» (Apoc. V, 6); y vió como «los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero...» (vers. 8) y «cantaban un nuevo cántico diciendo... Fuiste muerto, Señor, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación» (vers. 9)... «Digno es el Cordero,

que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición» (vers. 12).

El Cordero no es otro que Jesucristo, el cual, cuando las tinieblas, el pecado, la iniquidad y la miseria se esparcieron por la tierra, bajó del Cielo, tomó nuestra naturaleza y derramó en la cruz su sangre preciosísima para salvar al género humano.

Roguemos por la conversión de los pueblos infieles

¡Oh Señor Jesucristo, Rey del universo, esperanza y anhelo de todas las naciones, divino comprador de los hombres con el precio de vuestra preciosa Sangre! mirad con ojos de misericordia las razas humanas esparramadas sobre la faz de la tierra y concededlas el conocimiento de vuestra verdad. Acordaos, oh Señor, de vuestros amarguísimos padecimientos corporales y espirituales durante vuestro juicio, vuestra pasión y vuestra crucifixión, y apia-

daos de sus almas. Tened en cuenta, oh Señor, que sólo una parte de la humanidad ha oído pronunciar vuestro nombre—sólo una parte os adora públicamente,—y miles y miles de seres, del norte al sur, de oriente á poniente, día tras día, ven llegar su hora postrera y salen de esta vida para entrar en la eternidad. Acor-daos, amadisimo Señor, que con menoscabo de vuestro nombre, y triunfando vuestros enemigos, van cayendo nuevas víctimas en el abismo infernal que han de habitar para siempre. Escuchad las súplicas de vuestros Santos, no rechazéis la intercesión de vuestra Madre, no permitáis que se eleven en vano hasta vuestro trono las oraciones de la Iglesia santa, vuestra esposa. No imputéis á los pobres infieles sus muchos pecados, antes bien, visitad la tierra sin tardanza y haced que todos los hombres os conozcan, crean en Vos y á Vos sirvan, en quien está nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección; el cual con el Padre, etc.

II

JESÚS HIJO DE DAVID

Nuestro Señor interrogó á los fariseos con estas palabras: «¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?» Contestáronle ellos: «De David.» Porque el profeta Isaías había predicho que brotaría una vara del tronco de Jesé. Jesé era padre de David, rey de los judíos, y por la vara ó planta se entiende la Virgen Santísima. «He aquí que saldrá un tallo de la raíz de Jesé, y de este tallo nacerá una flor» (Isai., XI, 1); la flor de la planta representa á Nuestro Señor, hijo de María. «Y reposará sobre Él el Espíritu del Señor» (vers. 2); así lo hizo el Espíritu Santo cuando Cristo recibió el bautismo. Y dice Jeremías: «Mirad que vienen los días, y levantaré para David un pimpo-

llo justo, y reinará rey, que será sabio, y hará el juicio y la justicia en la tierra. En aquellos días se salvará Judá... y este es el nombre que le llamarán: el Señor nuestro justo» (Jer., XXIII, 5 y 6). De aquí que los judíos, cuando discutían sobre si Nuestro Señor era el Cristo, se preguntasen: «No dice la Escritura que del linaje de David ha de venir el Cristo?» (Joan., VII, 42).

Cifraban su gloria los judíos en que el prometido Salvador, Cristo, sacrificio y propiciación de todo el linaje humano, el Libertador omnipotente, había de pertenecer á su raza y nación; no obstante, ¡horroriza el decirlo! cuando Él vino, ellos le rechazaron y le dieron muerte. «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Joan., I, 11). Y así como ellos le rechazaron, Él á su vez los rechazó. Ellos le condenaron á muerte, pero Él los entregó á sus enemigos, los cuales destruyeron la ciudad de Jerusalén, los expulsaron de su país y los redujeron á la condición de pueblo errante y sin patria.

Roguemos por la nación judía, para que reconozca á su Dios y Señor á quien crucificó.

¡Oh semilla de Abrahán, Hijo de David, Adonái y Señor de la casa de Israel, que os aparecisteis á Moisés en la zarza ardiente y le entregasteis vuestra ley en el Sinái! ¡Oh llave de David y cetro de la casa de Israel, que abris lo que nadie después se atreve á cerrar y cerráis lo que nadie se atreve á abrir! No visitéis, amadísimo Señor, á los hijos por los pecados de los padres; no prolonguéis más vuestra ira, antes bien, perdonad á ese desgraciado pueblo, tan encumbrado en otro tiempo ante vuestra vista, tan decaído ahora. No os acordéis de aquellos sacerdotes y escribas, de aquellos fariseos y saduceos; no os acordéis de Anás, de Caifás, de Judas, de la demente multitud que vociferaba: «¡Crucificadle!» En medio de vuestra cólera, acordaos que sois misericordioso. Perdonad su obstinación y su impenitencia; perdonad su ceguera para las cosas espiritua-

les y su desmesurado amor al mundo y á sus deleites. Moved sus corazones y concededles la verdadera fe y el arrepentimiento. ¡Tened piedad, oh Jesús, de vuestros propios hermanos; tened piedad de los compatriotas de vuestra Madre, de San José, de vuestros Apóstoles, de San Pablo, de vuestros grandes Santos Abrahán, Moisés, Samuel, David! «Escucha, Señor; aplácate, Señor; atiende y haz. No lo dilates por amor de Ti mismo, Dios mío; porque tu nombre ha sido invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo» (Dan., IX, 19).

III

JESÚS SEÑOR DE LA GRACIA

Cuando Nuestro Señor rechazó á sus compatriotas, los judíos, que le habían rechazado, eligió en su lugar otras naciones. Por esto el Evangelista, después de decir: «A lo suyo vino y los suyos no le recibieron», añade: «mas á cuantos le recibieron les dió poder de ser hechos hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre, los cuales son nacidos no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios» (Joan., I, 11-13). De manera que los hombres creyeron en Él, cualesquiera que fuesen su raza y su patria, y Él los hizo hijos suyos y les concedió los dones de la gracia y les prometió el Cielo. Jesús había ya advertido á los judíos lo que iba á

acontecer si dejaban pasar el tiempo de la gracia: «Por tanto, os digo que quitado os será el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él» (Matth., XXI, 43). De aquí que el gran apóstol San Pablo, viendo que los judíos no querían escucharle, antes bien, contradecían y blasfemaban, sacudió sus vestidos y les dijo: «Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza; yo estoy limpio, desde ahora me voy á los gentiles» (Hechos, XVIII, 6). Y si Jesús rechazó á su propia nación, mucho más rechazará á todo otro pueblo que le rechace. Por esto dice el mismo San Pablo: «Y si alguno de los ramos—esto es, los judíos—fueron quebrados y tú, siendo acebuche—esto es, perteneciendo á alguna otra nación,—fuiste ingerido en ellos y has sido hecho participante de la raíz y de la grosura de la oliva, no te jactes... Porque por su incredulidad fueron quebrados. Mas tú por la fe estás en pie; no te engrías por eso, antes bien teme. Porque si Dios no perdonó á los ramos naturales, *ni menos* te perdonará á ti»

(Rom., XI, 17-21). Tal desgracia acaeció á Inglaterra; Dios la bendijo durante unos mil años aproximadamente; hasta que se rebeló, perdió la fe y fué excluída de la Iglesia.

Roguemos por la conversión de Inglaterra á la fe y á la Iglesia de Cristo.

¡Oh Sapiencia, oh Sabiduría, que habéis salido de la boca del Altísimo y abarcáis con vuestra providencia el principio y el fin de todas las cosas y las disponéis todas con dulzura y fortaleza! Preciso es reconocer, oh Señor, que debióse á una gracia inmerecida que la nación inglesa permaneciese durante tantos siglos en el seno de vuestra Iglesia y fuese dotada con el conocimiento de vuestra verdad y con la eficacia de vuestros sacramentos. ¡Ah, cuánto han cambiado las cosas! Era entonces un pueblo pequeño y de escasa importancia: ahora se yergue poderosa entre las naciones de la tierra; era entonces pobre y humilde: posee actualmente enormes riquezas y un

poder preeminente. Mas entonces era grande á vuestros ojos; ahora, por el contrario, es misérrima, porque os ha perdido. ¡Oh Dios mío! ¿qué provecho sacaremos, aunque ganemos todo el universo, si perdemos nuestra alma? ¿Qué pagaremos para rescatar nuestras almas? ¿Olvidaréis, Señor, lo que fuimos un día por vuestra gracia, antes de separarnos de Vos? ¿No escucharéis á todos nuestros Santos y Mártires, que están reinando con Vos é intercediendo por nosotros de continuo? ¡Ah, no tengáis en cuenta nuestro orgullo y presunción, ni nuestro desprecio de las verdades invisibles, ni nuestro estado de impureza; antes bien, contemplad vuestros propios méritos, contemplad las llagas de vuestras manos, recordad vuestras pasadas misericordias para con nosotros; y, á pesar de nuestra obstinación, someted nuestros corazones á vuestra ley, oh Salvador de los hombres, y renovad vuestra obra en medio de los tiempos, y en medio de los tiempos fundadla nuevamente.

IV

JESÚS AUTOR Y CONSUMADOR DE LA FE

San Pablo nos recomienda que «contemplemos á Jesús autor y consumidor de la fe». La fe es el primer paso que damos hacia la salvación, y sin ella no tenemos esperanza. Porque dice San Pablo: «Sin fe es imposible agradar á Dios». La fe es una antorcha divina; con ella pasamos de las tinieblas á la luz del sol; con ella, en vez de andar á tientas, nos es dado descubrir el camino que nos conducirá al Cielo. Además, la fe es un gran *don*, que nos viene de lo alto y que no podemos alcanzar más que de Aquel que es objeto de ella. Nuestro Señor Jesucristo, Él solo, nos concede la gracia de creer en Él. De aquí que el santo Apóstol

le llame Autor de nuestra fe—la cual también Él consume y perfecciona,—la cual es suya exclusivamente desde un principio hasta el fin. Por esta razón dijo Nuestro Señor estas palabras: «Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree. Y exclamando luego el padre del muchacho—á quien hablaba Nuestro Señor y el cual en realidad ya creía, aunque con fe vacilante,—decía con lágrimas: *Creo, Señor; ayuda mi incredulidad*» (Marc., IX, 22 y 23). Por esto también, en otra circunstancia, dijeron los Apóstoles al Señor: «Acrecentad nuestra fe» (Luc., XVII, 5). Y San Pablo expone de un modo completo esta materia cuando advierte á sus convertidos: «Ya vosotros—habéis sido por Él levantados—estando muertos por vuestros delitos y pecados en que anduvisteis en otro tiempo, conforme á la costumbre de este mundo... entre el cual vivimos también todos nosotros en otro tiempo... siendo por naturaleza hijos de ira, como también los otros; mas Dios, que es rico en misericordia, por la extre-

mada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo... Porque de gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, porque es un don de Dios» (Ephes., II, 1-8).

Roguemos por todos los escépticos, escarnecedores, impíos; por todos los falsos maestros y detractores de la verdad.

¡Oh Señor Jesucristo! Vos exclamasteis en la cruz: «¡Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen!» Tal es, Dios mío, la condición de las muchedumbres que nos rodean: ó no saben lo que hubieran podido saber, ó han olvidado lo que un día supieron. Llegan á negar que Dios existe, pero ciertamente no saben lo que hacen; se ríen de los goces del Cielo y de las penas del infierno, pero ciertamente no saben lo que hacen; renuncian á toda fe en Vos, Salvador de los hombres, desprecian vuestra palabra y vuestros sacramentos, insultan y calum-

nian á vuestra santa Iglesia y á sus ministros, pero ciertamente no saben lo que hacen; extravían á los caminantes, espantan á los débiles, corrompen á los jóvenes, pero no saben lo que hacen. Por otra parte, algunos desean practicar la religión, pero abrazan el error, pensando poseer la verdad; se dejan llevar por sus propias imaginaciones y seducen á otros y los retienen lejos de Vos. No saben lo que hacen; pero Vos podéis hacer que lo sepan. ¡Oh Señor! os suplicamos encarecidamente que por vuestras palabras: «Señor y Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», les comunicuéis ahora vuestras enseñanzas y les abráis los ojos antes de entrar en lo futuro. Infundidles la fe en lo que después habrán de ver, si se obstinan en no creer en ello en este mundo; dadles aquí una fe plena y salvadora, destruid los temibles engaños que les rodean y refrigeradles con el agua de vida que apagará por siempre más la sed de los que la beban.

V

JESÚS SEÑOR DE LOS EJÉRCITOS

Cuéntase entre las visiones de que gozó el discípulo amado San Juan, consignadas en el Apocalipsis, la de Nuestro Señor mostrándose como jefe y director de las huestes de los Santos en lucha con el mundo. «Miré —dice— y vi un caballo blanco; y el que estaba sentado sobre él tenía un arco, y le fué dada una corona, y salió victorioso para vencer» (Apocalipsis, VI, 2). En otro pasaje: «Vi el cielo abierto, y pareció un caballo blanco; y el que estaba sentado sobre él era llamado Fiel y Veraz, el cual con justicia juzga y pelea... y vestía una ropa teñida en sangre, y su nombre es llamado el *Verbo de Dios*. Y le seguían las huestes que hay en el cielo en caballos blancos,

vestidos todos de hilo finísimo blanco y limpio» (Apoc., XIX, 11, 13 y 14). Tal es el Capitán de los ejércitos del Señor y tales son sus soldados. Uno y otros montan sendos caballos blancos, con lo cual se significa que su causa es inocente, equitativa y pura. Los guerreros de este mundo promueven guerras *injustas*, pero nuestro Capitán omnipotente pelea por una causa celestial y con armas celestiales, y de igual manera sus soldados pelean el buen combate de la fe; pelean contra sus tres grandes enemigos y enemigos de su Señor: el mundo, el demonio y la carne. El Capitán está cubierto de sangre, pero es su propia sangre derramada por nuestra redención; y sus seguidores andan también tintos en sangre, mas es también la sangre de su Capitán, porque está escrito: «Lavaron sus ropas y las emblanquecieron en la sangre del Cordero» (Apoc., VII, 14). Y tanto el caudillo como los suyos tienen la seguridad de la victoria, porque se dice que «salió victorioso para vencer» (Apocalipsis, VI, 2). Digamos, pues, con el

Salmista: «Ciñete tu espada sobre tu muslo, oh valerosísimo... Por medio de la verdad y la mansedumbre y la justicia te guiará admirablemente tu derecha» (Psalm. XLIV, 4 y 5).

Roguemos por toda la Iglesia militante acá en la tierra

¡Oh León de la tribu de Judá, de la estirpe de David, que combatis el buen combate y habéis llamado á todos los hombres para que se agrupen en torno vuestro! infundid valor y fortaleza á vuestros soldados que pelean en todas las regiones de la tierra bajo el estandarte de la cruz. Dad á cada uno vuestra gracia para que, lejos de desfallecer, pelee denodadamente en el lugar que le corresponde. Asistid á vuestros misioneros en los países infieles, inspiradles palabras persuasivas, haced que sus empresas prosperen, alentadles en sus penas con vuestras divinas consolaciones y conducidlos, entre los tormentos y la sangre si es necesario, al Cielo, donde recibirán el premio. Conceded la gra-

cia de la sabiduría á los que ocupan elevados cargos, á fin de que no cedan al temor ni sean seducidos por la lisonja; dadles la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma. Derramad vuestras bendiciones sobre los predicadores y maestros, á fin de que hablen según vuestras palabras é induzcan á sus oyentes á amaros. Permaneced entre vuestros fieles servidores, tanto entre los de condición humilde como entre los de elevada alcurnia, que viven en el mundo; enseñadles á hablar y á obrar en todo tiempo, de manera que conserven sus almas libres de todo mal y sean aptos para hacer bien á sus compañeros y asociados. Enseñadnos, á todos y á cada uno de nosotros, á vivir en vuestra presencia y á acataros como á invicto Caudillo de la Cruz, peleando con denuedo bajo vuestro estandarte y venciendo, á fin de que podamos un día sentarnos con Vos en vuestro trono, así como Vos vencisteis y os sentasteis en su trono al lado de vuestro Padre celestial.

VI

JESÚS HIJO UNIGÉNITO

Jesús es el Hijo único del único Padre, dícese en el Credo: «Creo en un Dios Padre Todopoderoso» y «en Jesucristo, su único Hijo y Señor nuestro». Y Cristo dice de sí mismo en el Evangelio: «Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dió al Hijo el tener vida en sí mismo» (Joan., V, 26). Y dijo al ciego de nacimiento, después de haberle curado: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?... El que habla contigo, ese mismo es» (Joan., IX, 35 y 37). Oigamos las palabras de San Juan Evangelista: «El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros; y vimos la gloria de Él, gloria como de Unigénito del Padre» (Joan., I, 14). Y declara San Juan Bautista: «El Padre ama al Hijo, y to-

das las cosas puso en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna» (Joan., III, 35 y 36). Y San Pablo afirma: «Hay un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocación. Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos» (Eph., IV, 4-6).

Vemos, pues, que Dios omnipotente ha establecido *todas* las cosas en unidad, y, por consiguiente, y de un modo especial, su santa Iglesia, como dice el Credo: «Una Santa Iglesia católica y apostólica.» Es su sabia y graciosa voluntad que sus seguidores no anden á su antojo formando diferentes cuerpos, sino que formen uno solo. Este es el significado del símbolo de la sagrada túnica en el día de la crucifixión: «La túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba» (Joan., XIX, 23). Y por esto no les fué permitido á los soldados quebrar los sagrados miembros de Jesús, porque, como el cordero de pascua judío, no debía rompersele un solo hueso.

*Roguemos por la unidad de la Iglesia
y por la reconciliación y paz de todos
los cristianos.*

¡Oh Señor Jesucristo, que, antes de padecer tanto por nosotros, quisisteis rezar por vuestros discípulos para que permaneciesen unidos hasta el fin de los tiempos, así como Vos estáis en el Padre y el Padre está en Vos! Mirad con ojos de piedad las incesantes discordias que dividen á los que profesan vuestra fe y sanad las heridas que la soberbia de los hombres y el poder de Satanás han infligido á vuestro pueblo. Derribad las murallas que dividen unas partes de la cristiandad de otras. Mirad compasivo las almas de los que han nacido en alguna de las diferentes comuniones formadas, no por Vos, sino por los hombres. Poned en libertad á los que están bajo el yugo de esas formas ilícitas del culto, y hacedles ingresar en la comunión por Vos establecida desde un principio, la única Iglesia Santa, Católica y Apostólica. Mostrad á todos los hombres la Cátedra de San

Pedro, la Iglesia santa de Roma, como cimiento, centro é instrumento de unidad. Abrid los corazones de todos á esta verdad, tanto tiempo ha olvidada: que nuestro Padre Santo, el romano Pontífice, es vuestro vicario y representante; y que, obedeciéndole en materia religiosa, á Vos obedecen; de manera que, así como existe una sola comunidad en el Cielo, así también exista en este mundo una sola comunión que confiese y glorifique vuestro santo nombre.

VII

JESÚS REY ETERNO

Nuestro Señor encarnado en las purísimas entrañas de María Santísima, fué llamado Jesús. El Angel Gabriel dijo á María: «Concebirás y parirás un hijo, y su nombre será Jesús.» Mas, aun cuando entonces se le dió un nombre, Él había existido de toda la eternidad; no hubo anterioridad á su existencia—jamás tuvo principio, por consiguiente, su verdadero nombre es Rey eterno. Él reinó siempre juntamente con su Padre y con el Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios. Por esto, poco antes de su crucifixión, dijo: «Glorificame, Padre, en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti, antes que fuese el mundo» (Joan., XVII, 5). Él, Rey eterno del cielo, vino á

ser en la tierra Rey, Señor, Legislador, Juez. De aquí que el profeta Isaías, anunciando su venida, exclame: «*Un Niño* ha nacido para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro, y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de paz» (Isai., IX, 6). Y cuando Jesús partió de este mundo, dejó aquí su poder y lo distribuyó entre sus seguidores, dando una parte del mismo á unos y otra á otros. Mas la plenitud de su poder dióla á San Pedro y á sus sucesores, los cuales son, por consiguiente, sus vicarios y representantes—de modo que, así como el Padre envió al Hijo, así el Hijo envió á San Pedro.—Mas no solamente San Pedro y los demás Apóstoles, sino también todos los obispos y prelados de la Iglesia santa, todos los pastores de almas, todos los príncipes cristianos han recibido de Él autoridad y ocupan su lugar entre nosotros.

*Roguemos por nuestro Padre Santo
el Papa y por todos los que gobier-
nan en la Iglesia.*

¡Oh Emmanuel, Dios con nosotros, que sois la luz que ilumina á todos los hombres; que desde vuestra venida á la tierra, no la habéis dejado nunca abandonada á sus propias fuerzas; que, después de haber instruído á los Apóstoles, les disteis facultad para instruir á los que les habían de suceder y señalasteis de un modo especial á San Pedro y á sus sucesores, los obispos de Roma, para representaros entre los hombres y para guiarnos y gobernarnos en nombre vuestro siglo tras siglo hasta el fin del mundo! Vos, Señor, habéis enviado en nuestro tiempo durísimas pruebas á la Santa Sede romana. Creemos y confesamos sin titubear, oh Señor, que Vos habéis prometido á vuestra Iglesia una existencia no interrumpida mientras dure el mundo, y declaramos ante vuestra presencia que no abrigamos ningún temor ni duda, ni sentimos el más remoto presentimiento res-

pecto á la permanencia y á la prosperidad espiritual de vuestra Iglesia y de sus gobernantes. Ni sabemos qué cosa es actualmente más provechosa para vuestra Iglesia, para los intereses de la fe católica, para el Papa y para los obispos diseminados en todo el orbe. En vuestras manos dejamos la solución de la situación presente, sin sentir la menor ansiedad, porque sabemos que todo ha de redundar en bien de vuestra propiedad rescatada, aun cuando las circunstancias parezcan amenazadoras. Unicamente os rogamos, con el mayor encarecimiento, que concedáis á vuestro siervo y representante, el Papa, verdadera sabiduría, valor y fortaleza, así como las consolaciones de vuestra gracia en esta vida y una corona inmortal en la vida futura.

VIII

JESÚS PRINCIPIO DE LA NUEVA CREACIÓN

Dícese de Nuestro Señor Jesucristo que con su poder soberano ha dado principio á una nueva creación, de la cual ha sido el primer fruto y obra. La humanidad estaba perdida por el pecado y nosotros no solamente no éramos herederos del Cielo, sino que éramos esclavos del demonio. Por esta razón, el que al principio creó á Adán resolvió en su misericordia crear un nuevo Adán y quiso, con inefable condescendencia, ser Él mismo ese segundo Adán. Por boca de su santo profeta Isaías anunció así su venida. «He aquí que yo crío nuevos cielos y nueva tierra» (Isai., LXV, 17). Por otra parte, San

Pablo le llama: «Imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura» (Colos., I, 15). Y San Juan le llama: «El Amén, el testigo fiel y verdadero, el que es principio de la criatura de Dios» (Apoc., III, 14). El Creador vino á este mundo cual si fuese una criatura, porque tomó para sí una naturaleza creada, así como, en un principio, Eva fué formada de la costilla de Adán, así después, Jesús, pendiente de la cruz, aun cuando ni uno solo de sus huesos fuese quebrado, fué alanceado, y de su costado abierto manó la gracia, representada por la sangre y el agua, con la cual su prometida y esposa, la Iglesia santa, fué creada. Y así, la santidad de todas y cada una de las partes de que se compone la Iglesia santa se deriva de Cristo, en quien tiene principio; y Él nos alimenta con su carne divina en la sagrada Eucaristía, á fin de depositar en nosotros, en los corazones de todos, la bendita levadura de la nueva creación. La sabiduría de los doctores, el valor y paciencia de los mártires, la pureza de las vírgenes, el celo de los

predicadores y la humildad y mortificación de los religiosos, provienen de Cristo, principio de una nueva y celestial creación de Dios.

Roguemos por los hombres de toda categoría y condición de vuestra Iglesia santa.

¡Oh Señor, á quien llamamos Rama, Oriente, Esplendor de la luz eterna, Sol de justicia, que sois el árbol del cual habla vuestro discípulo amado como del árbol de la vida que produce doce frutos, siendo sus hojas la salud de las naciones! Derramad vuestras gracias y bendiciones sobre todas las categorías y condiciones de los hijos de vuestra Iglesia santa, las cuales de Vos han nacido y viven en vuestra vida. Dad á los obispos los dones de ciencia, consejo, prudencia y amor; formad á los sacerdotes en la humildad, ternura y pureza; haced á los pastores de vuestro rebaño celosos, vigilantes y desprendidos de todo lo terreno; haced que todas las órdenes religiosas cumplan sus reglas exactamen-

te, siendo sus miembros sencillos é inocentes y con el corazón puesto en las cosas invisibles y sólo en ellas. Conceded á los padres de familia que se acuerden que un día habrán de dar cuenta de las almas de sus hijos; conceded fidelidad y ternura á los esposos, obediencia y paciencia á las esposas, docilidad á los niños, castidad á los jóvenes, fervor espiritual á los ancianos, honradez y desprendimiento á los que emplean sus actividades en los negocios, y á todos y á cada uno de nosotros las gracias necesarias de la fe, de la esperanza, de la caridad y de la contrición.

IX

JESÚS AMADOR DE LAS ALMAS

El autor inspirado dice: «Tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres por amor de la penitencia. Porque amas todas las cosas que son, y ninguna aborreces de aquellas que hiciste... Pues ¿cómo podría permanecer cosa alguna si tú no hubieras querido, ó cómo se conservaría lo que de ti no fuese llamado? Mas perdonas á todas las cosas, porque tuyas son, Señor, que amas las almas» (Sap., XI, 24-27). Este amor fué el que hizo bajar al Hijo del cielo dándole el nombre de Jesús—como dijo el Angel á San José refiriéndose á María:—«Parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará á su pueblo de los pecados de ellos»

(Matth., I, 21). Sí: su gran amor á las almas y su compasión por los pecadores le hicieron dejar el Cielo. ¿Por qué consintió en eclipsar su gloria vistiéndose de carne mortal, sino para realizar sus ardientes deseos de salvar á los que andaban extraviados y sin esperanza de salvación? De aquí que diga de sí mismo: «El Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perecido» (Matth., XVII, 11; Luc., XIX, 10). Antes que dejarnos perder, hizo cuanto podía hacer su omnipotencia sin estar en pugna con sus divinos atributos y entregóse á sí mismo. Tanto nos ama á todos, que ha dado su vida por cada uno en particular plena y absolutamente, como si no hubiese de morir por ningún otro hombre. Él es nuestro mejor amigo, nuestro verdadero Padre, el único sincero amador de nuestras almas—por todos los medios se esfuerza para que le amemos en justa correspondencia, y no nos niega nada aun cuando mucho le neguemos.

*Roguemos por la conversión de los
pecadores*

¡Oh Señor, «que os entregasteis por nosotros, á fin de podernos redimir de toda iniquidad y limpiar á vuestro pueblo haciéndole aceptable á vuestros ojos y ejecutor de buenas obras»! Mirad á vuestros hijos bautizados, contemplad la multitud de los que un día fueron vuestros y de Vos se han apartado. ¡Ah, cuán breve tiempo han conservado vuestra gracia en sus corazones; cuán fácilmente han sucumbido; cuánto les cuesta levantarse! Aun cuando se arrepienten y hacen penitencia, pronto vuelven, según figura de la Escritura, como perro á su vómito y como el puerco recién lavado al fango. ¡Oh Dios mío! preservadnos de los siete pecados capitales y rescatad á los que son víctimas de ellos. Convertid á todos los pecadores—llenadles de tribulaciones, si no hay otro medio de conducirles á Vos. Herid los corazones de los hombres soberbios, vengativos é iracundos; de los obstinados; de los que confían demasiado

en sí mismos; de los envidiosos, de los calumniadores, de los que aborrecen el bien y la verdad; de los impuros y sensuales; de los glotones é intemperantes; de los rencorosos y de corazón empedernido; de los que manchan sus labios con discursos licenciosos; de los que se entregan á pensamientos, palabras ó actos deshonestos. Haced que comprendan que andan en línea recta en dirección al infierno, y salvadles de sí mismos y del demonio.



X

JESÚS NUESTRO GUARDIÁN Y GUÍA

No faltan hombres que imaginan que Dios es tan grande que no se digna bajar la vista hasta *nosotros*, ni contemplar nuestras acciones y nuestras vicisitudes. Pero Aquél que no juzgó la creación del hombre indigna de su majestad, no cree rebajarse observándonos y visitándonos: Él dice de sí mismo en el Evangelio: «¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto: y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin vuestro Padre? Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; porque mejores sois vosotros que muchos pájaros» (Matth., X, 29-31). De toda la eternidad determinó crearnos. Él fundó toda nuestra fortuna—y si

no decretó de un modo absoluto que nos conduciría al Cielo, fué porque poseemos el libre albedrío y por la constitución misma de nuestra naturaleza ha puesto en Él una parte de su propio poder, debiendo contribuir nosotros por *nuestra* parte á alcanzar el Cielo. Mas fuera de esta libertad en que nos deja, ha hecho todo por nosotros. Murió por nosotros en la cruz á fin de que, de ser posible que nos salvásemos, fuésemos salvos, y nos llama amorosamente, suplicándonos que aceptemos el beneficio de su meritísima y preciosa sangre. Toma bajo su especial protección á los que en Él confían; señálales cuál debe ser toda su vida; dispone cuanto debe acacerles; les guía de manera que quede afianzada su salvación; les da salud, fortuna, amigos en la medida que mejor provecho les cause; no les aflige más que cuando es para su mayor bien; jamás se enoja con ellos; mide el número de años que les conviene vivir en esta tierra y señala la hora de su muerte de manera que quede asegurada su perseverancia.

*Roguemos por nosotros mismos y por
todas nuestras necesidades*

¡Oh Señor y Salvador mío! en vuestros brazos estoy seguro. No me rechazéis y nada temeré; si me abandonáis, ¿en quién podré esperar? Ignoro qué peligros me rodearán hasta mi muerte; nada sé de lo futuro; pero en Vos confío. Os ruego me concedáis lo que más me convenga; os ruego alejéis de mí todo lo que pueda poner en riesgo mi salvación; os ruego no me deis riquezas y os ruego al propio tiempo que no me dejéis en grave miseria; mas todo lo dejo en vuestras manos, porque Vos todo lo sabéis al paso que yo nada sé. Si me mandáis dolores ó tribulaciones, dadme la gracia de sobrellevarlos—libradme de la impaciencia y del egoísmo. Si me dais salud y fuerza y prosperidades en este mundo, hacedme vigilante para que semejantes dones no me aparten de Vos. ¡Oh Señor, que disteis la vida en el árbol de la cruz por mí, pecador infeliz! haced que os conozca, que en Vos crea, que os ame, que os

sirva, que busque siempre vuestra mayor gloria, que viva por Vos y en Vos, que dé buen ejemplo á cuantos me rodean y que muera cuándo y cómo convenga más á vuestra gloria y á mi salvación eterna.

XI

JESÚS HIJO DE MARÍA

Cuando Nuestro Señor vino á la tierra podía crearse de la nada un cuerpo humano ó podía formarlo con barro como el de Adán. Mas prefirió nacer, como todos los hombres, de una Madre humana. ¿Por qué? Porque quiso honrar los parentescos y relaciones terrenales que son nuestros por naturaleza; y porque quiso enseñarnos que, aun cuando ha principiado una segunda creación, no por esto desea que rechacemos la antigua creación en lo que no encierra pecado. Debemos, pues, amar y honrar á nuestros padres, á nuestros hermanos, hermanas, esposos, esposas, no en menor grado, sino más aun que en los tiempos que precedieron al advenimiento de Nues-

tro Señor Jesucristo. A medida que seamos mejores cristianos, más formales y celosos siervos de Jesús, aumentarán en proporción nuestros desvelos por todo lo bueno que nos rodea, por nuestros parientes, amigos, conocidos, vecinos, superiores, inferiores, amos y maestros. Y se efectuará este cambio en nosotros al recordar cuánto amó Nuestro Señor á su bendita Madre. Jesús sigue amándola en el Cielo con singular amor y no le niega cosa alguna. Nosotros, pues, debemos en la tierra sentir una tierna solicitud por nuestros parientes y amigos y por todas las personas conocidas ó que tengamos que tratar en cualquier coyuntura. Además, debemos amar no tan sólo á los que nos aman, mas también á los que nos aborrecen ó insultan, á fin de imitar á Aquel que no sólo amó á su Madre, sino que llegó á permitir que Judas le besase y rogó en la cruz por sus verdugos.

Roguemos á Dios por nuestros parientes y amigos, por los que nos quieren bien, por nuestros enemigos, vivos y difuntos.

¡Oh Jesús, Hijo de María, á quien siguió María hasta el pie de la cruz cuando los discípulos huían! Vos no olvidasteis á vuestra Madre en medio de vuestros padecimientos, aun al pronunciar vuestras últimas palabras, cuando la encomendasteis al discípulo amado, diciendo á ella: «Mujer, he aquí á tu hijo»; y á él: «He aquí á tu Madre». Haced que, á ejemplo vuestro, roguemos por las personas queridas y allegadas, y dadnos la gracia de encomendarlas á Vos continuamente. Os rogamos las llevéis á la luz de vuestra verdad ó las conservéis en ella si ya la conocen, manteniéndolas en estado de gracia y otorgándolas el don de la perseverancia. Os rogamos, pues, por los que nos han dado el ser, por nuestros padres y madres, por nuestros hijos, por todos y cada uno de ellos, por nuestros hermanos y hermanas, por cada uno de nuestros

hermanos, por cada una de nuestras hermanas, por nuestros primos y demás parientes, por nuestros amigos, por los amigos de nuestro padre, por nuestros amigos más antiguos y más íntimos, por nuestros maestros, por nuestros discípulos, por nuestros amos y superiores, por nuestros servidores y subordinados, por nuestros socios y compañeros de trabajo, por nuestros vecinos, por nuestros directores y gobernantes; por los que nos quieren bien, por los que nos quieren mal, por nuestros enemigos, por nuestros rivales, por los que nos injurian y calumnian. Y no sólo os rogamos por los vivos, mas también por los difuntos, que han muerto en gracia de Dios, á fin de que Él les abrevie el tiempo de expiación y les admita ante su presencia soberana.

XII

JESÚS NUESTRO SACRIFICIO COTIDIANO

Nuestro Señor no sólo se ofreció á sí mismo como sacrificio en la cruz, sino que se ha convertido en sacrificio perpetuo y cotidiano hasta el fin de los tiempos. En la santa Misa se renueva y continúa, aplicándose en beneficio nuestro, el sacrificio único de la cruz. Jesús parece decir: Mi cruz se levantó hace diez y nueve siglos y por el breve espacio de unas horas—algunos de mis servidores, muy pocos, presenciaron mi muerte—mas yo quiero que las multitudes ingresen en mi Iglesia. Por ellas perpetuaré mi sacrificio, de modo que cada hombre pueda decir que estuvo presente en el Calvario. Diariamente me ofreceré al Padre, á fin de que cada uno de mis segui-

dores pueda elevarle oportunamente sus peticiones, santificadas y avaloradas por los méritos infinitos de mi pasión. Así seré por siempre sacerdote de la orden de Melquisedec.—Mis sacerdotes permanecerán al pie del altar, mas no ellos, sino yo mismo ofreceré el sacrificio. No permitiré que ofrezcan sólo pan y vino, sino que en lugar de dichas substancias me ofreceré yo mismo en el altar, mientras ejecuten el rito exterior. Y así el Cordero que fué muerto una vez para siempre, aunque ascendió á los cielos, será perpetuamente una víctima, merced á su milagrosa presencia en la santa Misa, bajo la figura y apariencia de símbolos terrenos y visibles.

Roguemos por todas las personas por quienes tenemos más obligación de rezar.

¡Oh Señor Jesucristo! Vos me habéis concedido un insigne beneficio al darme licencia, no solamente para rogar por mí, sino para interceder por el prójimo en el santo sacrificio

de la Misa. Por consecuencia, oh Señor, os ruego derramáis toda suerte de gracias y bendiciones sobre esta ciudad y cada uno de sus habitantes, sobre los católicos que encierra, sobre nuestro Obispo y el clero, sobre las iglesias y sobre las congregaciones religiosas. Os ruego bendigáis y hagáis prosperar los esfuerzos y buenas obras de los sacerdotes, de los religiosos y de los piadosos seglares; os pido por los enfermos y atribulados, por los pobres y oprimidos; os pido por los presos, os pido por todos los malvados. Os ruego por todos, á cualquier categoría que pertenezcan; os ruego por el Monarca y por la Real familia, por los miembros del Parlamento, por los jueces y magistrados, por el ejército, por los que nos defienden á bordo de nuestros navíos; os ruego por todos los que se hallan en algún peligro. Os ruego por mis bienhechores, por los que me han favorecido con su amistad, por los que me han prestado alguna asistencia. Os ruego por todos los que han solicitado mis oraciones; os rue-

go por todos aquellos á quienes he olvidado. Conducidnos á todos, después de los azares de la vida, al puerto de paz, y reunidnos á todos eternamente, oh amadísimo Señor, en vuestro glorioso reino de los cielos.

Oración por los fieles difuntos

¡Oh Dios de los espíritus de toda carne, oh Jesús, amador de las almas! A Vos encomendamos las de todos aquellos servidores vuestros que han muerto con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz. Os rogamos, oh Señor y Salvador nuestro, que, así como en vuestra misericordia quisisteis tomar carne mortal, así os dignéis ahora acelerar la marcha del tiempo y admitir á los fieles difuntos ante vuestra presencia soberana. Acordaos, oh Señor, que son criaturas vuestras, hechas no por dioses desconocidos, sino por Vos, único Dios vivo y verdadero; porque no hay más Dios que Vos, y nadie puede igualar vuestras obras. Haced que sus almas sean bañadas en vuestra luz y no les tengáis en cuenta sus pasadas iniquidades, que cometieron impulsados por violen-

tas pasiones ó dominados por los hábitos corrompidos de su caída naturaleza. Porque aun cuando pecaron, creyeron siempre y firmemente en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y antes de morir se reconciliaron con Vos mediante una contrición sincera y fueron confortados con los sacramentos de vuestra Iglesia santa.

Os suplicamos, oh Dios bondadosísimo, que no os acordéis de los pecados de su juventud y de sus ignorancias, sino que, de conformidad con vuestra gran misericordia, les preparéis un lugar en vuestra gloria celestial. Ábranse los cielos para acogerlos y regocijense con ellos los espíritus angélicos. Condúzcalos ante vuestro trono el Arcángel San Miguel; salgan á su encuentro vuestros santos ángeles y los lleven á la Jerusalén celeste; recíbalos San Pedro, á quien Vos entregasteis las llaves del reino de los cielos; colóquese á su lado el Apóstol San Pablo, vaso de elección; interceda por ellos San Juan, el discípulo amado, á quien fueron revelados los secretos del Cielo; rueguen por ellos todos los

santos Apóstoles á quienes Vos concedisteis la facultad de atar y desatar; brindenles su amistad todos los Santos y elegidos de Dios, que en este mundo padecieron persecución por vuestro nombre, á fin de que, libres de la cárcel en que están sumidos, sean admitidos á la gloria del reino, en el cual juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, vivís y reináis, un solo Dios, por todos los siglos de los siglos.

Socorredles, oh Santos todos de Dios; alcanzadles que salgan de aquel lugar de tormentos; ángeles, recibidles; acoged sus almas purificadas y presentadlas al Señor. ¡Oh Señor, dadles descanso eterno! Y brille en ellos vuestra luz perpetua.

Descansen en paz. Amén.

«Anima Christi» (1)

(Traducción)

Alma de Cristo, santificame;
Cuerpo de Cristo, sálvame;
Sangre de Cristo, embriágame;
Agua del costado de Cristo, puri-
ficame;
Pasión de Cristo, confórtame;
Oh mi buen Jesús, óyeme;
Dentro de tus llagas escóndeme;
No permitas que me aparte de ti;
Del maligno enemigo defiéndeme;
En la hora de mi muerte llámame;
Y mándame ir á ti,
Para que con los santos te alabe,
Por los siglos de los siglos. Amén (2).

(1) Esta oración fué traducida por los años 1854.

(2) Al reproducir aquí la versión castellana más popularizada del *Anima Christi*, debemos hacer notar que la traducción inglesa del cardenal Newman termina la oración con esta glosa: «Para que con los Santos cante yo tu amor, por los siglos de los siglos.»—*(N. del T.)*

Triduo á San José

Día I

CONSIDEREMOS LOS GLORIOSOS TÍTULOS DE SAN JOSÉ

Fué San José leal y digno esposo de María, representando de un modo visible á su invisible Esposo, el Espíritu Santo. Conservó San José su virginidad, siendo espejo fidelísimo de la virginidad de María. Fué el querubín, instituido guardián del nuevo paraíso terrenal para defenderlo contra los asaltos de cualquier enemigo.

Ÿ. Bendito sea el nombre de José.

R. Ahora y siempre lo sea. Amén.

ORACIÓN—

Oh Dios, que con providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José por esposo de tu Madre, te rogamos nos concedas que merezcamos tener en los cielos por intercesor á quien en la tierra veneramos por protector; Señor, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

(Vide la Raccolta).

ÉCOLE DES ÉCRIVAINS

Día II

CONSIDEREMOS LOS GLORIOSOS TÍTULOS DE SAN JOSÉ

A San José perteneció el título de Padre del Hijo de Dios, porque fué esposo de María, siempre Virgen. Fué padre de Nuestro Señor, porque Jesús le obedeció siempre como hijo; fué padre de Nuestro Señor, porque se le confiaron los deberes de un padre, los cuales supo desempeñar fielmente protegiendo á Jesús, dándole albergue, vestido y sustento y proporcionándole honesto trabajo.

Ÿ. Bendito sea el nombre de José.

R. Ahora y siempre lo sea. Amén.

ORACIÓN

Oh Dios, que con providencia inefable, etc.

Día III

CONSIDEREMOS LOS GLORIOSOS TÍTULOS DE SAN JOSÉ

José es Santo por excelencia, porque, según opinión de un gran número de doctores, fué, á semejanza de San Juan Bautista, santificado antes de nacer. José es Santo por excelencia, porque la misión que le fué encomendada, siendo esposo y protector de María, requería singular santidad. José es Santo por excelencia, porque ningún Santo vivió como él durante tantos años en compañía é intimidad del que es fuente de toda santidad, Jesús, Dios encarnado, y en compañía de María, la más santa de todas las criaturas.

ŷ. Bendito sea el nombre de José.

R. Ahora y siempre lo sea. Amén.

ORACIÓN

Oh Dios, que con providencia inefable, etc.

Breve camino de perfección

Es sentencia favorita de los varones santos que, si deseamos ser perfectos, no hemos de hacer más que cumplir bien nuestros deberes cotidianos. Este es un camino breve de perfección; breve, no porque sea fácil, sino porque es eficaz é inteligible. No existen caminos que conduzcan rápidamente á la perfección, pero sí los hay siguiendo los cuales no es posible extraviarse.

A mi entender, estos consejos pueden ser de gran utilidad práctica para las personas de nuestro estado. Poco cuesta tener alguna idea más ó menos confusa acerca de la perfección, suficiente para hablar de ella prolijamente, aunque sin la menor intención formal de trabajar para alcanzarla; pero en cuanto de veras se desea hallarla y se la busca, entonces el que semejante cosa pretende no halla más satisfacción que en

lo que le parece claro y tangible, en lo que constituye una orientación hacia su práctica.

No debemos olvidar qué cosa significa la palabra perfección. No significa un ejercicio extraordinario, una cosa fuera de lo común ó de un modo especial heroica—no todos se hallan en circunstancias que les permitan mostrarse heroicos ó siquiera sufridos,—sino que, para entenderla bien, hemos de ceñirnos á su acepción ordinaria. Llamamos perfecto lo que no tiene deficiencia, lo que es completo, consistente, sano; lo que se opone á lo imperfecto. Sabiendo como sabemos qué significa imperfección en las prácticas religiosas, por contraste conocemos en qué consiste la perfección.

Es, pues, perfecto el que ejecuta perfectamente sus obligaciones cotidianas; no hemos de ir más lejos para buscar la perfección; no es preciso salirse de la *esfera de acción* propia de cada día.

Insisto en ello porque estoy persuadido que de este modo se simplifican nuestros planes y se dirigen á

un fin determinado nuestros esfuerzos. Si se me pregunta qué se debe hacer para ser perfecto, he aquí lo que contestaré al punto:—No te quedes en cama más allá del tiempo fijado para levantarte; sea Dios el objeto de tu primer pensamiento; visita con reverencia al Santísimo Sacramento; reza devotamente el *Angelus*; come y bebe á mayor gloria de Dios; reza bien el santo Rosario; mantente recogido; rechaza los malos pensamientos; haz sin distraerte tu meditación vespertina; examina diariamente tu conciencia; acuéstate cuando llegue la hora. Si cumples estas recomendaciones, eres ya perfecto.

Oración para alcanzar la luz de la verdad

*Cuantos busquen la verdad no se
cansen de repetir esta oración*

¡Oh Dios mío! confieso que *Vos* podéis alumbrar mis tinieblas, sólo *Vos*. *Deseo* firmemente que la obscuridad en que me hallo se desvanezca. No sé si *Vos* querréis concedérmelo; mas sé que *Vos* lo podéis y que yo lo deseo, y en ello veo razón suficiente para que os *pida* lo que no habéis prohibido que sea objeto de petición. Yo os prometo que, con el auxilio de la gracia que os pido, abrazaré lo que al cabo tenga la certidumbre de que es la verdad, si me es dado alcanzar tal certidumbre. Y por vuestra gracia me defenderé contra el propio engaño que me condujera á aceptar lo que la naturaleza parece exigir y no lo que aprueba la razón.

Oración para alcanzar una buena muerte

¡Oh Señor y Salvador mío! concedeme, cuando llegue mi hora postrera, el robusto sostén de vuestros sacramentos y la regalada fragancia de vuestras consolaciones. Permitid que desciendan sobre mí las palabras de la absolución, que vuestros santos óleos impriman en mis miembros vuestro sello, que vuestro propio Cuerpo sea mi sustento y vuestra Sangre mi refrigerio. Permitid que mi dulce Madre, María, dirija hacia mí su aliento, que mi Ángel pronuncie á mis oídos palabras de paz y que mis gloriosos Santos... me sonrían; á fin de que con ellos y por ellos reciba el don de la perseverancia y muera, como deseo vivir, en vuestra fe, en vuestra Iglesia, en vuestro servicio y en vuestro amor. Amén.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103101794